

mente presidía los sentimientos religiosos que arraigaban en su nobilísima alma y que dió a Dios lo que de Dios es y a César lo que a César pertenece.

Medellín, mayo 28: 1927.

BERNARDO MEJÍA ESCOBAR, Pbro.

SEMBLANZAS HEROICAS

V

“Déjelos Usted tirar”.

Córdoba.

Como exclusivo patrimonio, como su más precioso timbre de orgullo, los hijos de la vieja Esparta han conservado a través de las edades, consignadas con religiosa solicitud, con toda su magnificencia y esplendor, las más gloriosas jornadas de sus antepasados.

Su pretérito glorioso, sus hazañas heroicas han pasado a la posteridad, engrandecidas por el correr justiciero del Tiempo, y depuradas ya definitivamente de todo prejuicio malsano y demoleedor. Y a fe que su valor legendario ha servido de ejemplo a las generaciones y aquellos actos guiaron siempre a los que dentro de su corazón sintieron bullir, generoso y noble, el sentimiento de dignificar a la Patria.

En verdad, nosotros tenemos que admirar pero no envidiar a los antiguos cruzados, porque en cada página de nuestra historia política narrados están para glorificación de nuestros héroes, actos que marcharían con honor a la vanguardia de los más famosos acontecimientos de las antiguas gestas.

Díganlo si nó, aquellos arranques de heroísmo, cuando ante el porvenir de la Patria se interponía un peligro personal, un riesgo inminente de perder la propia vida; cuando ante el dilema de sucumbir o de salvar la integridad nacional y sus sagrados fueros, optaban los Libertadores por salvar a la Patria, por que fuera grande y libre y morir si era preciso, porque para ellos, esto era lo más natural del mundo!

Pudiera decirse que aquellos valientes soldados marchaban siempre de brazo con la Muerte, y por eso llegaron a congraciarse tanto con ella, y a cobrarle demasiada confianza, a mirarla de soslayo, indiferentes, y también a sonreírle muchas veces como a una encantadora bien amada!

Registremos aquellas tres palabras de Córdoba, cuando se preparaban las huestes batalladoras en Pichincha.

¿No son ellas la más admirable concreción del patriotismo, la más antagónica manifestación del común sentir humano, el instinto de la propia conservación, menospreciado en aras de la Patria, puesto que si él desviaba un instante las lentes que tenía ante los ojos, el enemigo se llevaría la mejor parte?

En aquellos momentos, su vida no le pertenecía, era toda ella de una sagrada causa a la que había entregado su corazón y su alma cuasi adolescentes.

*

* * *

El enemigo está en frente, se mueve, indaga las mejores posiciones, resuelve problemas para arrollar a los "insurgentes patriotas"...

Pero Córdoba le espía sobre su caballo de guerra. Cuatro cuadras no más es la distancia que los separa y las posiciones decidirán la suerte de la lucha y por ende del porvenir de una de las hermanas Repúblicas del Sur.

Un artillero enemigo observa la actitud de Córdoba, le dirige la boca sedienta de un cañón y le apunta. No habrá remedio: el vigía dará en tierra, sus miembros palpitantes, destrozados, rodarán por la pendiente... el obstáculo quedará vencido...

“Coronel, grita Botero, su Ayudante, lleno de ansiedad: mire que le están apuntando con un cañón...”

“Déjelos Usted tirar...” le contestó con displicencia, siguiendo imperturbable y sin mover el caballo de su sitio.

La descarga no fué en balde: hizo víctima en Felipe Pérez que estaba cerca de Córdoba, quien cayó cuatro varas atrás, entre las patas de la cabalgadura del más joven de los oficiales granadinos.

VI

“Dios guarde al Magistrado para la Ley”.

Córdoba.

“Dios guarde al héroe para la Patria”.

Dr. José Félix de Restrepo.

No por demasiado conocidas, queremos prescindir de consignar en nuestras “Semblanzas” aquel par de frases celebérrimas que, en ocasión memorable y solemne, se echaron a la cara los

dos campeones, de la libertad el uno, del derecho el otro y antioqueños ambos.

El primero ratificó plenamente, con el acto que originó su sentencia, la impetuosidad de su carácter, propio de su juventud y de sus glorias en tan prima edad, y el segundo, altiva y gallardamente puso de manifiesto, en su esencia, y sobre bases de inmortalidad, aquella frase tan sabia que había de nacer años más tarde del cerebro luminoso del distinguido jurista titiribiseño, Dr. Antonio María Restrepo Cadavid, “frase celeberrima, que parece desprendida del Libro de los Proverbios o del Libro de la Sabiduría: ‘**La Ley no tiene corazón y el Magistrado que presta el suyo prevarica**’ ”.

Nos referimos al más joven de los Generales de Colombia, José María Córdoba y al “Aristides granadino”, Dr. José Félix de Restrepo.

*
* *
*

No porque Córdoba fuera poseedor de los más merecidos lauros guerreros a que hombre alguno, a su edad, podía aspirar, estaba exento de que sobre él si lo merecía, cayera el rigor de la justicia, máxime si en los que habían de impartirla se contaban ejemplares de la talla del Dr. Restrepo.

A Córdoba se le acusaba “de haber dado muerte alevé en Popayán a un sargento, de haber intentado la muerte de un capitán y de otros atentados” y la justicia llegaba implacable desde Bogotá hasta Cochambra, en donde se hallaba el celebrado Héroe en el año de 1826, a pedirle estrecha cuenta de sus actos punibles.

Con laudable abnegación, Córdoba no sólo no rehuyó el reclamo que se hacía de su persona por el Gobierno de Colombia, para notificación de su sentencia, sino que aceleró la marcha muy a pesar del General Sucre, quien le insinuó retardar el viaje, puesto que no había manera de reemplazarle en el mando de la División que tenía bajo sus órdenes.

Pocos días después de llegado a Bogotá, un Consejo de Guerra, reunido en casa del General Urdaneta, el 18 de octubre de 1827, emitió con general beneplácito el fallo absolutorio en favor del acusado.

Subido el proceso en segunda instancia, Córdoba se presentó lujosamente vestido y acompañado de su defensor. Habló éste y luego el Gran Caudillo, aduciendo en favor suyo un sinnúmero de razones para vindicar su conducta.

Todos los pareceres le fueron favorables y se pidió la ratificación del veredicto absolutorio, pero el Presidente de la Alta Corte Marcial, que lo era el Dr. Restrepo, se levantó y dijo varonilmente: "Siento mucho diferir en este grave asunto de la opinión de mis honorables compañeros, y voy a manifestar las razones que a ello me obligan. . . (aquí hizo una recapitulación de las pruebas que obraban contra el General Córdoba en el proceso, y luego continuó): los principales argumentos aducidos por el señor General y su defensor para sostener que no ha habido delito, y que por lo mismo, la Corte debe confirmar la sentencia absolutoria del Consejo de Guerra, son dos: el primero consiste en la aseveración de que el General fué irrespetado por el argento, y que este delito lo reputa la ordenan-

za como uno de los más graves, particularmente en tiempo de guerra, y que ésta aún no había concluído en el Sur; y el segundo, en sostener que el General acusado se hallaba investido de facultades extraordinarias, delegadas por el Libertador, cuando tuvo lugar el acto por que se le juzga. Tengo la íntima persuasión de que ninguno de estos dos argumentos desvirtúa, ni atenúa siquiera en lo más mínimo, la fuerza de las pruebas que existen contra el acusado en el sumario: no el primero, porque cuando se cometió el delito no se estaba ejecutando acto alguno del servicio militar, y la actuación revela claramente que era de lo que allí se trataba, y en aquella casa y circunstancias, conforme a los principios consignados en nuestra Constitución, el General José María Córdoba y el sargento eran dos personas iguales y quizás éste con mejores derechos, porque debía considerársele como el jefe de aquella habitación, de la cual, probablemente, pagaría el arrendamiento; ni tampoco el segundo porque no existían en el país otras facultades extraordinarias que las que concede personalmente al Libertador el artículo 228 de la Constitución en ciertas circunstancias y para usar de ellas en casos especiales y determinados, no pudiendo, por lo mismo, ser delegables a ninguna otra persona. Por lo tanto, mi voto es: Que el General José María Córdoba **debe sufrir la pena del último suplicio**, en la plaza mayor de esta ciudad, previa la degradación pública de su empleo militar"...!

Cuenta la historia que cuando el General oía una por una las tremendas palabras que brotaban sin trepidaciones y sin ambages, palidecía visiblemente y de tal manera llegó a inmutarse

que los circunstantes temieron algo funesto a la salida del Dr. Restrepo. Pero éste, llegada la hora de retirarse, salió sereno y llegándose hasta cerca de Córdoba le dijo: "General: acá, privadamente, celebro su absolución, pero yo, como Juez, he tenido que cumplir con mi deber y mi conciencia". El General nada le contestó.

*

* *

Muy poco después, Córdoba se presenta, espada al cinto, en casa de quien había dado el voto por su propia muerte y su degradación militar.

—¿Está el Dr. Restrepo? pregunta muy ufano.

—Sí está, se le responde.

—Que José María Córdoba le necesita, dijo casi imperativo.

—¿Querría usted, doctor, acompañarme a un paseo por las afueras de la ciudad?

—A la disposición estoy, General, le dijo el Juez.

Y salieron.

Largo rato vagaron juntos "el león y la paloma" departiendo sobre tópicos diversos.

Joven el uno y valeroso y fuerte; casi octogenario y físicamente débil pero pundonoroso el otro, nada dijeron del pasado debate, en que dos fuerzas contrapuestas chocaron furibundas.

Y cuando luégo de fraternal coloquio llegó la despedida, que entre dos seres vulgares ser debiera fulminante y terrible, "Dios guarde al Magistrado para la Ley" le dijo el Héroe; "Dios guarde al Héroe para la Patria" le contestó el

togado y estrecháronse las manos temblantes de emoción y de respeto.

¡¡Eran tan hombres!!

VII

“No extrañe usted que los hayamos vencido: si ustedes son de la tierra del Cid, nosotros somos sus descendientes legítimos”.

Girardot.

Una de las más intensas emociones de pesar que experimentó el Libertador Bolívar durante su agitado peregrinaje político, fué la que embargó su espíritu cuando la muerte tronchó de un tajo la vida en flor del joven Coronel Atanasio Girardot, holocausto el más puro en aras de la causa libertadora.

Porque este mozo antioqueño, de noble estirpe, doctorado en derecho a los 18 años de su edad, en el Instituto Santo Tomás de Santa Fe, fué “el brazo derecho” de Bolívar, el único por quien el Gran Caudillo vertió copiosas lágrimas al cerciorarse de su temprana muerte y a quien rindió el mayor tributo de amor, llevando en gira triunfal, desconocida, de Valencia a Caracas, la víscera preciosa de su corazón, homenaje grandioso, sublime apoteosis rendida como un deber, como una lección y como un estímulo a quienes así morían por los ideales sagrados de la Patria.

Dechado de bizarría, Girardot fué aliento de númenes grandiosos, inspirador de poderosas mentes, porque la gloria de aquel joven de 22 años, dice uno de sus biógrafos, “sobre ser gran-

de como el sagrado numen de la Libertad que lo hizo esplender, fué pura y sin mancilla como la gota de rocío que refleja los cambiantes de la primera luz”.

Fué este joven granadino quien un día memorable hizo vibrar, plena de emoción y de armonías y de dolor profundo, para cantar su muerte prematura, la magistral pluma de Montalvo, en el precioso de profundis que transcribimos: “¿Quién es el caballero que alarga el brazo y enseña las alturas del riscoso Bárbula? El General dió la orden de victoria, vuelan los soldados rompiendo por los enemigos batallones. El combate está empeñado, las balas caen como granizo, los valientes se extienden por el suelo heridos en el pecho. El General abraza con la vista el campo de batalla y se dispara donde la pelea anda más furiosa; suena su voz en donde quiera; su espada, como la del ángel exterminador, despide centellas que ciegan a los enemigos. Bolívar aquí, Bolívar allí: es el Genio de la guerra que persigue a la Victoria. Flaquea un ala, él la sostiene; otra es rota, él la vuelve su entereza; anima, enciende los espíritus y no hay salvarse el enemigo, si no agacha las armas y se pone a merced del vencedor. Los que resisten son pasados a cuchillo; los que huyen no volverán al combate; la imagen de Bolívar los aterra, ven su sombra, y tiemblan y trasudan, semejantes a Casandra en presencia de la estatua del macedón invicto.

Triunfo caro, triunfo horrible; las lágrimas de los Jefes, los ayes de los soldados manifiestan cuánto fué triste esa jornada. Joven hermoso, ¿qué haces allí, tirado sobre el polvo? Con-

templas la bóveda celeste, tu alma se ha enredado en los rayos del sol y no puedes libertarla de esa prisión divina? Alzate, mira: tus armas han vencido, mas sin tu brazo, la victoria era dudosa. Toma tu parte en la alegría del ejército, vé hacia tu General y recibe la corona que han merecido tus proezas. ¿Quién eres? Te conozco; la frescura de los años, la energía del corazón, la nobleza del alma, todo está pintado en tu rostro bello y juvenil como el de Ascanio. Atanasio, ¿no respondes? Este cuerpo frío, esta belleza pálida, esta inmovilidad siniestra me dicen que no existes y que tu espíritu voló a incorporarse en el Eterno. Muerto estás, la frente perforada, los sesos escurriendo lentos hacia las mejillas, la sangre cuajada en los rizos de tus sienes, dan harto en qué se aflija el corazón y por qué lloren los ojos. Morir tan joven no es lo que te duele, si en la eternidad se experimenta alguna pesadumbre; morir tan al principio de la guerra, cuando la suerte de tu patria está indecisa; morir sin verla libre y dichosa, esto es lo que te angustia allá donde miras nuestra cuita. Lejos de tu sepultura, tu madre no podrá regarla con su llanto; tus hermanas, ¿las tuviste? recibirán la nueva de tu fin y se desesperarán en su terneza; tu amada, tu prometida (preciso era la tuvieras, pues mocedad sin amor es senectud); tu amada, tu prometida, perderá el color y andará silenciosa por lugares solitarios. ¿Qué mucho? Te lloran los soldados, te lloran tus amigos, te llora el General: Urdaneta, D'Elhuyar, empapan la victoria con lágrimas de sus ojos. Bolívar, Bolívar mismo, mírale, parece el capitán de los Cruzados que llorase sobre Reinaldo... Flor del ejército, esperanza de la

Patria, bendícela desde las alturas, envíanos tu fuerza que nos ayude en las batallas”.

*
* *

El sentimiento de independencia que, ahogado y discreto dormía por siglos en el pecho de los colonos, brotó con fuerza y salió victorioso el 20 de julio de 1810; hendió los ámbitos ilímites como un mensaje alado, como aleluya bienhechora, pregonando un futuro de grandezas. De polo a polo de América española, todo fué contento y alegría; de pie todos y a la lucha para conquistar a fuego y sangre el derecho que como ciudadanos libres les correspondía.

Por su parte, los emisarios del Rey temieron la avalancha reivindicadora y a todo trance procuraron conjurarla, acogotarla y detener su empuje. Pero era tarde ya: “la fruta estaba madura” y sazónada y provocante. No más cadenas, ni más abyección, ni más miedo cervical. Rugió la hiena, trituró las cadenas y a su zarpazo, tembló el universo mundo!

*
* *

En todas las provincias siguieron el ejemplo de Santa Fé: constituyeron Juntas, que deliberaban con ardor y entusiasmo y marcaron la ruta segura de sus triunfos. Cuando se estableció en Cali, mandaba como Gobernador de esa provincia, el valeroso español D. Miguel Tacón. Todo fué saberlo para prepararse a di-

solverla y a imponer el condigno castigo, ejemplarmente sanguinario, a quienes implantaban el inusitado desorden y turbaban la paz octaviana que reinaba en sus domios.....

Sabido esto en Santa Fé, designaron al Coronel Antonio Baraya para ir en auxilio de la Junta caleña, quien se puso en marcha inmediatamente, con sus valientes compañeros de armas. ¡Juventud vigorosa que bautizó con el líquido púrpura y sagrado de sus venas, la libertad americana! Con Baraya iba Girardot. Abandonadas las aulas, a la Patria ofrendó la primicia de su ciencia y de su sangre.

Como viejo veterano, Baraya, con cuatrocientos hombres menos que Tacón, decidióse a la ofensiva. Con indios de "Tierra adentro", al mando de José Díaz en el Guanacas, burla burlando detuvo las energías y la atención del español, mientras la flor de sus fuerzas atravesaba el Piendamó, furioso río que andaba por los montes.

Hasta el río Palacé, "desde donde fueron divisadas las fuerzas de Tacón" avanzó con la "descubierta" el joven Teniente Girardot.

A la una de la tarde se trabó la lucha: era el 28 de marzo de 1811, siendo esta la primera acción de armas que se dió en Nueva Granada para el logro de la emancipación.

Y cómo en tiempos posteriores, muriendo entre sus pliegues delicados, el eterno enamorado de la Bandera patria, Girardot, nuevo Bayardo, con ella en mano, tomó el puente, defendido furiosamente por el enemigo.

Este primer triunfo logrado por los independientes, fué augurio feliz que abría la tra-

yectoria que felizmente también, habría de cerrarse ocho años luego en otro puente glorioso, en Boyacá.

*
* *
*

En un apartado rincón del cuartel, un hombre de aspecto melancólico, estaba meditativo y triste. Añoraba quizá su tierra lejana, su hogar distante, tal vez sus hijos y su esposa que, lejos, muy lejos, ignoraban lo aciago de su suerte infausta.

Era uno de los oficiales españoles que habían caído presos de los independientes en aquella batalla. De uno a otro lado observaba displicente, el andar reposado de un guapo mozo que se paseaba, satisfecho del feliz resultado de la contienda, quien de pronto se acerca y le pregunta:

—¿Quién es Ud.?

—Nada contesta el oficial.

—Está bien que enmudezca, mas “no extrañe Ud. que los hayamos vencido: si ustedes son de la tierra del Cid, nosotros somos sus descendientes legítimos”, y le volvió la espalda.

Quien así hablaba era Girardot. Un puñetazo que le hubiera dado en pleno rostro no habría desconcertado tanto al oficial, quien con mayor tristeza hundía su mirada en el vacío, testigo mudo de su infortunio y su desdicha.

VIII

“General: si con dos hombres basta para libertar la Patria, pronto estoy a acompañar a usted”.

Urdaneta.

Era francamente consolador que en aquellos tiempos de 1813, época de rivalidades y de envidias, de traiciones bajas y resquemores indignos, encontrara Bolívar un alma tan hidalga y generosa, que compartiera con él las adversidades y los fracasos, máxime si esa alma estaba circuída por la armadura mortal de un bravo de la talla de Rafael Urdaneta, entonces una de las más efectivas esperanzas de la Patria.

Y mayor generosidad encarnaba aquella protesta de incondicional adhesión y de ciega obediencia y acatamiento, si se tiene en cuenta que el General Bolívar de entonces, no era ni con mucho, la enormidad, el hombre cima que llegó a ser en tiempos ulteriores.

Algo más de un par de años contaba apenas Bolívar de servicio activo en la milicia, y sin embargo, ya sobre su cabeza podían adivinar quienes miraran con el alma impoluta, ajena a toda pasión y a toda envidia, el halo que a modo de diadema ceñiría la Gloria en Boyacá, en Carabobo y en Pichincha y en las demás jornadas emancipadoras de América.

*

* *

A Bolívar le traía seriamente preocupado

el porvenir y emancipación de Venezuela, su Patria. Quería aprovechar la feliz coyuntura que se le presentaba, con la gran confianza que había conquistado ante el Soberano Gobierno de la Unión, en la Nueva Granada. Este, por su parte, apoyaba casi irrestrictamente todo cuanto emanaba de Bolívar, porque se había dado cabal cuenta de la pericia y talentos del futuro Libertador y en quien adivinaba al enciernes Redentor de la América hispana. Y a fe que no andaba engañado.

El Gobierno hacía y comunicaba las más juiciosas observaciones a Bolívar que desde Cúcuta planteaba, bajo los más halagadores aspectos, el problema para él perfectamente factible, de ir a Venezuela, con los auxilios pecuniarios del primero, a someter a Monteverde, desalojarlo y llevar hasta el más apartado rincón el estandarte de la libertad. Para él no había obstáculo posible ni había problema, por intrincado que pareciese, que no creyera solucionar, hasta salir avante en su temeraria y aventurada empresa. Hasta su honor comprometía y ¡cuánto valor representaba y cuánto era para él, hombre pundonoroso, su honor comprometido! “Soy capaz, dijo, de consagrar a mi Patria hasta mi honor mismo, deshonrándome sobre sus aras, como una víctima derramaría su sangre, lo que para mí sería el menor holocausto”.....

*

* *

Bolívar sentía una extraña emoción; la

alegría rebosaba en su alma y el contento reinaba por donde quiera, porque el Soberano Congreso había galantemente accedido a sus proyectos y hábale prometido su más franco apoyo, permitiendo así mismo proseguir hacia Mérida y Trujillo. Nuevamente veía florecer sus esperanzas y en su espíritu aparecía ya radiosa y pura, la virgen república de sus ensueños.

Súbito pesar vino a interponerse ante sus alegrías: Castillo intrigaba y destruía malignamente, cuando Bolívar creaba con el poder honrado y convincente de las razones, de la buena fe y el desinteresado patriotismo. Por algo pueril, más que trivial, Bolívar y el Coronel D. Manuel del Castillo, habían tenido días antes, un serio altercado. “Castillo ejercía el mando militar de la Provincia de Pamplona y por ende, era hombre de influencia y de numerosos adictos, a pesar de adolecer de escaso talento y de irascible genio. Esto, unido a que Bolívar era también de genio altanero y violento, dió al traste con todo sentimiento de cordialidad y margen a las desavenencias de los secuaces de uno y otro bando.

Bolívar comprendió las funestas consecuencias, el fracaso inevitable de sus planes de continuar así las cosas y muchas veces intentó reconciliarse dignamente, mas no así Castillo que daba pábulo a los celos que no podía ocultar hacia su rival afortunado.

Ambos dimitieron ante el Supremo Gobierno de la Unión de los cargos de que estaban investidos, mas no fué admitida sino la de Castillo, quedando además como subalterno de Bolívar!.....

Podrá imaginarse la indignación de tal medida en el ánimo de Castillo. Viéndose así humillado y en su amor propio herido no omitiría medio alguno para hacer daño y dar en tierra, discretamente, con los proyectos de quien, según él, era causante de su menguada posición y su desdoro.

*

* * *

Castillo recibió órdenes precisas de avanzar hasta La Grita, a cuatro jornadas de Cúcuta, en donde estaba Correa estacionado desde la última derrota que había sufrido. Tenía orden perentoria de batirlo a fin de ir despejando la ruta que habría de seguirse hacia Venezuela.

Tal orden fué, maliciosa y deliberadamente retardada y cumplida extemporánea, cuando ya el enemigo había evolucionado a sus anchas y escogido ventajosas posiciones. Por fortuna, Castillo que era un valiente, salió bien librado de su encargo, y regresó de nuevo a Cúcuta, desde donde dimitió por segunda vez de su empleo. Lo propio hizo una multitud de oficiales, adictos suyos. La tropa toda trataba de afiliarse a la insurrección. Todo caía, se desmoronaba y anunciaba el desastre. Bolívar se quedaba solo. Las deserciones y las enfermedades por otro lado hacían su agosto y todo conspiraba contra él. El caso era excepcionalmente difícil. Otro que no fuera Bolívar habría llegado al desaliento, a la confusión, al fracaso, a la desesperación. Pero él lo afrontaba todo estoicamen-

te. Y cuando enérgicas medidas se imponían e iba a optar por ellas, una carta feliz llegó a sus manos: "General: si con dos hombres basta para libertar la Patria, pronto estoy a acompañar a usted" le decía Urdaneta.

Este es el hombre exclamó Bolívar, lleno de entusiasmo y de pie, erguido, desafiador y como siempre lleno de fe gritó: ¡A Caracas! ¡ a Caracas!..... Y hasta allá llegó su planta victoriosa.
